PQ6171
.A2
B52
V.1

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCION.

Con razon se dice que los escritos de un hombre son un manifiesto reflejo de su carácter, ideas, costumbres y cultura de entendimiento; pero cierto que de ninguna clase de escritos puede esto decirse con mas verdad, que de las *cartas*, especies de espansiones íntimas, en que, solo uno consigo mismo, derrama sobre el papel todo el fondo de su corazon, en la seguridad de un secreto inviolable y con mas libertad todavía que en una conferencia privada. Con mas libertad sin duda, porque hay cosas que no acierta á decir la lengua y que sin dificultad declara la pluma, lo cual se explica muy bien con el ingenioso dicho popular : *el papel no se pone colorado*. Pudieran definirse las cartas familiares *conversaciones entre personas ausentes;* pintan al hombre como le pinta su propia conversacion; ó mejor, basta para conocer á una persona, lo mismo que si se la tratara íntimamente, leer sus cartas confidenciales. De aquí el grande empeño con que en todos tiempos y paises se ha procurado reunir en el mayor número posible las de personajes ilustres, como el medio mas seguro de conocerlos y de conocer al mismo tiempo la época en que vivieron. Es dudoso si las cartas, propiamente hablando, es decir, las cartas familiares ó confidenciales, constituyen por sí solas un género de literatura, y si en este concepto pueden y deben sujetarse á reglas determinadas : nosotros creemos que no, por la razon sencilla de que unas composiciones, que por su naturaleza no están destinadas á la publicidad, no entran en la jurisdiccion de la crítica; mas como quiera, los retóricos han dictado reglas y preceptos para ellas, y lo que es mas, las han dividido y subdivido en clases y especies. Las cartas, en suma, son un ramo de literatura : requieren condiciones especiales de lenguaje y estilo; la *naturalidad*, por ejemplo, se ha erigido para ellas en precepto, la *sencillez* es cualidad de que no pueden prescindir. Las hay *suasorias* y *disuasorias*, de *pésame* y de *enhorabuena*, *consolatorias*, y *eucarísticas*, y de *recomendacion*, etc., etc. : division tan prolija como impertinente, y que á nuestro juicio debiera sustituirse con esta otra, que es la única racional y legítima : cartas *confidenciales* y cartas *eruditas* ó escritas para publicarse, es decir, obras de cualquier género, artificialmente ordenadas bajo la forma epistolar. Solo las primeras son verdaderas cartas; las segundas no son mas que sus imitaciones. A veces no es fácil distinguirlas, y el fraude que en esto se comete no

010215

puede ser mas inocente ni mas provechoso, en ocasiones, á la generalidad, pues á él debemos el conocimiento de multitud de datos y pormenores, publicados so color de correspondencias epistolares, que de otro modo nunca hubieran llegado á nuestra noticia, por no ser dable comprenderlos en escritos de una forma ménos familiar. Parece que un sentimiento de respeto natural deberia preservar perpetuamente de la publicidad los escritos confidenciales sobre asuntos privados; pero el interes comun ha prevalecido sobre este principio de moral universal, y nunca se ha escrupulizado dar á la estampa, cuando han parecido interesantes, las cartas de los hombres que han figurado de un modo notable en el teatro del mundo. De aquí se ha descendido aun hasta á las de personas oscuras, y es indudable que estas indiscreciones, ya sancionadas por el uso, han derramado mucha luz sobre algunos importantes sucesos históricos, y nos han allanado en extremo el conocimiento de las costumbres y de las ideas de otros tiempos.

En este ramo de literatura, pues ya hemos dicho que las *cartas*, así las que verdaderamente lo son, es decir, las confidenciales, como las obras polémicas, novelescas ó didácticas que por extension se comprenden en el género epistolar, constituyen un ramo de literatura con sus condiciones y su código especial, la antigüedad romana nos ha legado dos monumentos excelentes: tales son las cartas de Ciceron y las de Plinio el Mozo. Aquellas, por la sencillez y gracia del estilo, por la importancia de los asuntos y la nobleza y elevacion de los pensamientos, son el mas perfecto modelo conocido en este ramo de literatura, y una de las mas celebradas obras del insigne orador romano. Las del panegirista de Trajano, aunque de una diccion ménos pura, porque ya en su tiempo empezaba á corromperse el gusto, ofrecen tambien cualidades de primer órden. Los franceses tienen en las cartas de Mad. de Sevigné un dechado del género epistolar, á que no alcanza ningun escritor moderno, incluso Voltaire, cuya *Correspondencia* goza de tanta fama, y con razon. Es observacion notable que en este punto las mujeres llevan una gran ventaja á los hombres, ventaja que deben seguramente á la vivacidad de su ingenio, á la movilidad de sus impresiones, y á su sensibilidad, generalmente mas exquisita que la nuestra: dotes todas que se avienen muy bien con las condiciones esenciales en esta clase de escritos. En Francia, que es donde mas cartas se han publicado, se observa esto perfectamente: las de escritores eminentes, Racine, Fenelon, Lafontaine, no pueden sostener la comparacion con las de algunas mujeres ajenas á todo estudio literario. La misma marquesa de Sevigné debia poquísimo al estudio y al arte, y sin embargo, la coleccion de sus *Cartas á su hija* es una de las mas sabrosas lecturas que conocemos en lengua alguna.

No hay que confundir estas y otras cartas publicadas en diferentes paises, y señaladamente en Francia, que es, como ya hemos dicho, la nacion que mas se ha dedicado á desenterrar correspondencias privadas, y tambien la que por la índole particular de su lengua y de su ingenio ha descollado siempre mas en este género, con las muchas aplicaciones que se han hecho de la forma epistolar en la publicacion de toda clase de obras. En la polémica religiosa, filosófica y política, la forma epistolar ha figurado siempre en primera línea: ninguna se presta mas á la naturaleza de tales luchas. Las *Cartas provinciales* de Pascal y las de Pablo Luis Courier, en Francia; las tan justamente célebres de Junius en Inglaterra, y entre nosotros las del *Pobrecito holgazan*, son en este género admirables modelos. Muchas y muy conocidas son las obras

didácticas que han adoptado la misma forma, muy conveniente tambien para su objeto. Ménos lo es sin duda para el género novelesco, por la dificultad grande de simular bien en las diferentes cartas el lenguaje y las ideas de cada personaje; pero el éxito inmenso que alcanzaron en su tiempo la *Clarisa Harlowe*, de Richardson, y la *Nueva Heloisa*, de Rousseau, prueban que ese inconveniente no es decisivo; y efectivamente, son muchas las obras de imaginacion que posteriormente se han escrito en esa forma con singular acierto. No son esas empero verdaderas muestras, sino, como ántes dijimos, simples imitaciones del lenguaje epistolar.

Una, y de las mas notables por cierto que tenemos en castellano, hemos incluido en la coleccion cuyo primer tomo damos ahora á luz, no sin haber titubeado ántes sobre si debiamos incluirla ó no. Razones de mucho peso nos han decidido por la afirmativa: primeramente, su mérito absoluto; en segundo lugar, su mérito relativo: son cartas fingidas, pero pocas imitan tan bien á las verdaderas. Ademas, ya lo hemos dicho, ¿quién nos asegura que no son tambien ficciones, y obras escritas para publicarse, muchas cartas que se titulan familiares? Sería preciso tener á la vista los originales para decidirlo. Sin salir de las que figuran en este volúmen, creemos muy lícito dudar de que sean meras misivas familiares, y no tratados piadosos en forma epistolar, por ejemplo, muchas de las elocuentes cartas del Maestro Juan de Avila y del P. Ortiz. En las del obispo Guevara, lo mismo que en las de Antonio Perez, se nos figura ver signos frecuentes de que el autor estaba pensando mas, miéntras las escribia, en el efecto que iban á producir en el público, que en satisfacer la curiosidad de un corresponsal probablemente imaginario. Adviértese á veces en esas cartas demasiado aliño, para que no sea visible que hubo en sus autores cuando ménos un presentimiento, ya que no una certeza, de que las escribian para la posteridad.

Sea de esto lo que fuere, y dado que realmente deban considerarse como verdaderas cartas confidenciales todas las que insertamos en este tomo, ménos las de Cadahalso y las otras de que hablarémos luego (y de muy pocas mas sabemos que anden impresas), no es posible desconocer que nuestra literatura, rica en todos los géneros, no lo es en el epistolar tanto como pudiera y debiera serlo, por incuria de nuestros presentes y pasados editores, que han dejado y están dejando perderse ó yacer inéditas innumerables colecciones de cartas, cuya publicacion reclaman consideraciones de mucha monta. Ni las costumbres ni la historia de otros tiempos pueden ser bien conocidas, miéntras no se acuda, como á la fuente de verdad mas limpia de todas, al testimonio de las correspondencias privadas, las cuales, por su misma calidad de familiares, ofrecen una garantía de imparcialidad que rara vez se encuentra en los escritos destinados á ver la luz pública, armas casi siempre de partido, cuando no desahogos del amor propio ó expresion apasionada de pretensiones personales. Lástima grande es que no se haya cuidado mas entre nosotros de recoger y publicar las cartas de nuestros hombres ilustres, siguiendo en esto el ejemplo de otras naciones, que, merced á su afan de publicidad en ese punto, han logrado disipar de su historia las dudas y sombras que todavía oscurecen la del nuestro, aun en lo relativo á épocas muy recientes. Dia llegará sin duda en que esta falta se remedie entre nosotros; pero es preciso darnos prisa, porque las colecciones manuscritas van desapareciendo de los archivos y bibliotecas con dolorosa rapidez, habiendo llegado el caso, y muy reciente, de venderse en Madrid

al peso, como papel viejo, arrobas de cartas autógrafas de Cárlos V y otros personajes ilustres de aquel glorioso reinado. Lo que hizo en reducida escala el doctísimo D. Gregorio Mayans, tan benemérito de las letras españolas, á quien debemos la principal coleccion de cartas varias, formada entre nosotros con la mira de salvar del olvido papeles interesantes, debiera hacerlo alguna de nuestras corporaciones sabias con el inmenso tesoro de las correspondencias privadas antiguas y modernas que se conservan en el archivo de Simancas y en la biblioteca Nacional de Madrid, para no citar mas que estos dos grandes depósitos. Solo lo que nosotros hemos podido examinar en el segundo daria materia para muchos volúmenes. Considere el lector cuán útil sería su publicacion, hecha con el tacto que requiere tan delicada materia, y sobre todo con las ilustraciones y el método que desgraciadamente faltan á la diminuta coleccion de Mayans y á las pocas mas que conocemos.

Aunque muy convencidos de la utilidad de tal empresa, ni nos la hemos propuesto, sin embargo, por objeto en este *Epistolario*, ni creemos que sea dado á las fuerzas de un hombre solo el llevarla á cabo, ni, lo que es mas, se avendria de modo alguno con la índole de la coleccion clásica para que trabajamos. Esa índole nos impone la obligacion preferente de atender mas, en los escritos que publicamos, al mérito literario, que á la importancia política, histórica, científica ó de otra especie. Cualquiera conocerá que en una biblioteca de autores españoles, coleccion eminentemente literaria, no estarian en su lugar, verbi-gracia, las correspondencias diplomáticas, que tanto interes ofrecen para la historia, pero que rara vez son dechados de buen lenguaje. Sirva esta consideracion de respuesta á los que extrañen no encontrar aquí tal ó cual correspondencia *importante* citada por tal ó cual escritor; ademas de que nunca hemos pensado en dar una coleccion *completa*: ¿cómo era posible? La naturaleza misma de este trabajo se opone á que sea completo. Solo nos hemos propuesto, ademas de reunir todas las cartas notables que andan publicadas en nuestra lengua, dar una coleccion escogida de lo muchísimo que en esta materia permanece inédito y hemos podido haber á las manos, lo cual será materia de un segundo volúmen. En cuanto á las colecciones que andan impresas, no creemos haber omitido ninguna de conocido mérito.

Y con este motivo vamos á salir al encuentro de otro reparo que se nos puede hacer. No insertamos en el lugar que les corresponderia, por el órden cronológico que hemos adoptado, las conocidas y excelentes cartas de Sta. Teresa de Jesus, de Quevedo, del P. Isla ni de Jovellanos, por la razon, única pero decisiva, de que debiendo publicarse en esta BIBLIOTECA, segun está anunciado, las obras completas de esos autores, allí han de hallar naturalmente cabida sus correspondencias epistolares, y sería repeticion inútil incluirlas tambien aquí. En cuanto á las varias colecciones de cartas que, como dijimos ántes, no son tales cartas, sino tratados sobre diferentes materias en forma epistolar, no hemos creido tampoco que debian entrar en esta obra. Sería abusar singularmente de las palabras tomar al pié de la letra el nombre de cartas que dieron D. Antonio Ponz, y Villanueva, por ejemplo, á sus relaciones de viajes, aquel por las provincias, y este á las iglesias de España. Solo hemos hecho una excepcion en favor de las *Cartas marruecas* de Cadahalso, á pesar de que el artificio es en ellas todavía mas patente que en las otras; porque, á mas de las razones arriba expuestas, deseábamos presentar en este primer tomo de nuestro *Epistolario* muestras sucesivas del habla castellana en su desarrollo desde el siglo XV al XVIII; y no entrando en nuestro plan dar en dicho tomo cartas sueltas, sino colecciones completas de autores conocidos; y eliminados para este efecto, por el motivo antedicho, el P. Isla y Jovellanos, nos pareció que las cartas de Cadahalso, por la sencillez y correccion de su lenguaje, merecian el honor de representar en este gran cuadro de lo que pudiéramos llamar nuestra literatura epistolar, á la lengua castellana del siglo XVIII. El siguiente tomo completará con cartas, en su mayor parte hasta ahora inéditas, ese cuadro, en cuanto nos sea dable, empezando en el siglo XIII con Juan Lorenzo Segura de Astorga, y concluyendo, como en este tomo, en los últimos años del pasado siglo. Tratándose de correspondencias epistolares, no es lícito poner en contribucion á los contemporáneos.

Digamos dos palabras, ántes de concluir, acerca de los autores que figuran en este tomo. Es opinion bastante generalizada que las cartas del bachiller Fernan Gomez de Cibdareal son fingidas, y su autor un personaje supuesto y que nunca ha existido, lo cual se funda principalmente en que, en efecto, ni de él ni de sus cartas se halla mencion en nuestras historias hasta una época muy moderna, y en que, de comun sentir de los bibliógrafos, la edicion primitiva del *Centon* (Búrgos, 1499) es notoriamente apócrifa. Esto no obstante, no podemos acoger siquiera la hipótesis de semejante fraude: ni se alcanza su objeto, ni parece creible que en tal grado llegue á acercarse la ficcion á la verdad. Las cartas del Bachiller son, tanto como un dechado de lenguaje, un tesoro de noticias curiosas sobre el reinado de D. Juan II, salvo algun error de fecha, que fácilmente se explica por impericia de los copiantes: las dos que dedica á la relacion del desastroso fin de D. Alvaro de Luna (1) son dos de los mas bellos trozos de elocuencia que tenemos en castellano y que existen tal vez en lengua alguna. De las *Letras* de Fernando del Pulgar puede decirse que enseñan á conocer los hombres mas que la mayor parte de nuestras historias juntas. Brillan en ellas una grandeza sin pompa y una cultura sin afectacion: desaparece el arte en fuerza de su noble sencillez. No hay voces supérfluas ni reflexiones inútiles: la locucion es rápida y donosa; mas siempre valiente, así para decir lo bueno como lo malo. Pulgar pinta siempre de un rasgo: nunca retoca lo que una vez sale de su pluma. Es uno de los escritores castellanos mas castizos, discretos y elegantes. Las cartas del capitan Ayora no tienen tanto mérito literario como las anteriores; pero interesan mucho, por cuanto el autor manifiesta en ellas su pericia y celo militar, y su amor al Rey y á la Nacion. Tambien nos agradan, como observa oportunamente su primer editor, aquella ingenuidad y franqueza en el decir, de que ya no vemos ejemplos, y aquella amable llaneza de tales tiempos, en que un simple capitan se carteaba derechamente con su soberano, contándole lo que obraban sus armas y los que las mandaban, y lo que él mismo hacia y sentia de las cosas. Y sobre todo, interesa su lectura por la propiedad del lenguaje castellano de aquel reinado, por el punto de entereza y de verdad que da á sus avisos y reflexiones, por las varias noticias que encierra su narracion acerca de los nombres y clases de las tropas, de las armas y de las maniobras de campaña que estaban entónces en uso entre los españoles y los enemigos; y últimamente, por algunas advertencias militares y políticas, que se deben siempre respetar como dictadas por la ciencia y experiencia de un hombre que conocia á fondo el arte

(1) Son las CIII y CIV.

de la guerra y los usos de las demas naciones, que habia observado y estudiado en sus viajes y residencia fuera de España. No es posible negar al obispo Guevara la mas donosa naturalidad, una facilidad asombrosa y una instruccion vastísima, aunque poco ordenada, mal digerida y muy redundante. Tiene el defecto de jugar demasiado con las palabras. Con las formas siempre discretas de su estilo y aquel tono de urbana familiaridad que sazona todos sus escritos, templa la acrimonia de su condicion, y disfraza cierta mordacidad filosófica que le es natural. Tambien se exalta y declama algunas veces; pero su decir deleita mas que mueve, y seduce mas que persuade. Un verdadero reverso de la medalla de este escritor es su impugnador el doctísimo Pedro de Rhua: en todo son opuestos, ménos en la gracia y urbanidad del estilo, dotes en que rivalizan á punto de ser difícil decidir cuál de los dos se lleva la palma. Verboso el primero, cuanto sobrio de palabras el segundo; tan inexacto y pedante aquel en sus citas, cuanto exacto este y oportuno en las suyas; tan arrogante el uno, cuanto modesto el otro, las cartas de ambos presentan un antagonismo tan notable y sostenido en su forma literaria como en su argumento. El ascético escritor Fr. Francisco Ortiz deja mucho que desear en punto á fluidez y gracia de estilo; prescinde enteramente de las galas del lenguaje, como si se desdeñase de llamarlas en apoyo de sus austeras doctrinas; es árido y duro, pero castizo siempre y lleno de aquella alta gravedad que tan bien dice en las producciones dogmáticas. No tiene ninguna de las dotes que recomiendan los retóricos en el género epistolar: sus cartas no lo son mas que en el nombre; mejor les cuadraria el de tratados doctrinales sobre materias piadosas.

Hemos llegado al escritor eminente que, con Sta. Teresa de Jesus, comparte la gloria literaria de ser autor de las mejores cartas que poseemos en nuestra lengua: hablamos del venerable Maestro Juan de Avila, el *Apóstol del Andalucía*. En sus cartas, admirables por la valentía, elegancia natural y robustez del estilo, exhorta continuamente á la confianza en Dios y en los méritos de nuestro Señor Jesucristo, con tanta fuerza de razones y tan maravillosa uncion, que no solo consuela y esfuerza, mas arrebata y convence. Ningun escritor sabe como él cautivar el corazon de sus lectores. Nótase en algunas de sus cartas cierto desaliño, nacido de la suma presteza con que en general las escribia, en medio de tantas ocupaciones como llenaban su ejemplar vida; pero á vuelta de este pequeño lunar, ¡qué de bellezas, qué de muestras de un ingenio verdaderamente creador campean en aquellas admirables cartas, aun consideradas solo bajo su aspecto literario! Ellas enriquecieron el idioma místico castellano con numerosas voces de una magnificencia tan expresiva, y al mismo tiempo tan melodiosa, que no ménos deleitan el entendimiento que el oído. ¿Qué expresiones mas valientes, mas significativas y majestuosas que estas, por ejemplo, que se leen en la carta II del segundo tratado? *Dios, graciosísimo perdonador y piadoso levantador de nuestras caidas, y velador nunca dormido, y nuestro sapientísimo guiador...* ¿Cuáles mas vivas y graciosas que estas? *¡Oh si tanto nos amargase el tiempo que á Dios no conocimos, que nos fuese grandes espuelas para agora con grande ansia correr tras de él! ¡Oh si corriésemos! Oh si volásemos! Oh si ardiésemos y nos transformásemos...!* (Carta XLVI, tratado segundo.)

Ménos correcto todavía, y aun desaliñado á veces hasta degenerar en oscuro é ininteligible, Antonio Perez, sin embargo, maneja la lengua con una facilidad asombrosa; y es, despues del bachiller Fernan Gomez y de Fernando del Pulgar, el autor castellano en quien brillan mas las dotes propias del género epistolar. Salvos ciertos alardes de ingenio y erudicion que hace con sobrada frecuencia, salva cierta ostentacion de sutilezas metafísicas y de resabios escolásticos con que desmiente en muchas ocasiones la humildad y decaimiento de ánimo en que se supone, y que en realidad solo prueban un exceso de orgullo y una entera confianza de ser leido por muchos, es innegable que sus cartas son en general, á mas del recto juicio y gran conocimiento del mundo que descubren, primorosos dechados del estilo familiar. Campean sobre todas, en este concepto, las que dirige á su mujer y á sus hijos. Nadie le excede en el arte dificilísimo de decir mucho y bien en pocas palabras. En el tono festivo, nunca olvida la decencia y compostura: escribe siempre y sobre todo con el recato de un cortesano consumado, á pesar de lo mucho que debian haber exasperado su condicion la edad, el infortunio y los desengaños; jamas se descompone ni decae de su dignidad en sus lamentos y querellas. Da vida á los objetos que pinta: la fuerza y gallardía de sus metáforas no han sido igualadas por ningun escritor. Con él y el P. Fr. Luis de Leon, llegó la lengua española en el reinado de Felipe II al mas alto punto de vigor y precision que ha alcanzado nunca. Hay entre estos dos insignes escritores analogías de gusto y estilo, que resaltarian todavía mas patentes si pudieran leerse los escritos de Antonio Perez purgados de los groserísimos errores que los desfiguran en todas las ediciones, y son muchas, que de ellos se conocen. Como dadas á luz por impresores extranjeros, están plagadas de desatinos que en todas se repiten, y que por desgracia se han copiado tambien puntualmente en las pocas reimpresiones que se han hecho en España. En cuanto nos ha sido dable, no teniendo á mano los manuscritos originales, hemos procurado que esta salga exenta siquiera de los errores de mas bulto.

Las pocas cartas de D. Antonio de Solis y de D. Nicolas Antonio, que nos ha conservado Mayans, tienen el mérito de una locucion pura y correcta, no ménos que el de aquella sencilla naturalidad propia del género epistolar. Hay empero en el estilo del primero de estos escritores una elegancia que en vano se buscaria en el del segundo. Natural es que el autor de la *Bibliotheca hispana* sacrificase á las gracias algo ménos que el poético historiador de Hernan Cortés, y que las diferentes disposiciones de sus ánimos se reflejasen fielmente en sus respectivas cartas. En cuanto á las de Cadahalso, hemos dicho ya nuestro sentir acerca de ellas, y las razones que hemos tenido para incluirlas en esta coleccion.